

MÍ JARDÍN DE PRIMAVERA

Jorge Torres



Capítulo 1

MÍ JARDÍN DE PRIMAVERA

Llega la primavera, la estación esperada. Los tamariscos me la anuncian anticipada, con millares de inflorescencias reunidas en una explosión de amarillo esponjoso que le alegra la vista a las aves, que presurosas lucen sus plumas nuevas, brillantes, las veo volando cargadas de vida yendo a engalanar sus nidos con pajillas frescas, de suave fragancia. Mientras ensayan la canción que en sus genes portan, ellas saben que tienen que trinar como nunca en estos días para atraer al nido su nueva pareja y lo hacen con renovadas esperanzas.

Yo las escucho, las veo, las siento y permanezco indiferente mientras el cambiante paisaje me envuelve. De pronto estallan los ciruelos de un rosa compacto que prometen los frutos más dulces, en tanto los almendros hacen de las suyas estallando en cremas y los cerezos en macizos blancos, pompones de nieve, promesas de bolitas bermejas de dulzores varios.

La primavera avanza en mi jardín, la vida irrumpe nuevamente con un frenesí que a todos contagia, las aves ya empollan ilusiones, los arboles prometen almibares en sus coloridas ramas. Todo se renueva.

Pero falta algo cometí, un descuido. Llenaré de azúcar el pica florero, para que esos ojitos que me observan inquietos desde la protección del interior de la hiedra pronto se abalancen y zumben de alegría libando su néctar. Eso es sencillo, mañana al color lo podre observar arremolinarse en calidoscópicas vuelos alrededor del néctar.

Yo veo la primavera en su esplendor en mi jardín y trato de percatarme que otra imprevisión he cometido, de algo me olvidado seguramente para que el hermoso espectáculo no me contagie, para que la naturaleza rebosante de color y vida haga brotar en mi, algo más que lagrimas.